



De izquierda a derecha: los sindicalistas José Duch Queralt, Angel Pestaña, Salvador Seguí, Saturnino Meca (de pie) y otro no identificado.

EL NOI DEL SUCRE

EN Toulouse no muy lejos de la vía férrea, no muy lejos del canal, se encuentra una calle transversal, tampoco muy ancha, la rue de la Providence, en la cual vive desde 1939 Teresa Muntaner, viuda del principal dirigente sindical de la época citada, de 1917 a 1923, Salvador Seguí, más conocido como el «Noi del Sucre».

Vestida de negro, delgada, risueña, sin utilizar gafas, Teresa Muntaner es una mujer cordial, campechana, que explica las cosas en un catalán salpicado de divertidas expresiones. Para romper el fuego, para comenzar la entrevista por cualquier recuerdo, le pregunto cómo se conocieron ella y Seguí:

—Yo estaba casada y tenía dos niñas, pero quería separarme de mi marido. No porque fuese mala persona, no, en absoluto, sino porque era muy gandul. Esto motivaba que discutiésemos a menudo, no de una manera amigable, sino llegando incluso yo a decirle: «Mira, Puig,

LA HISTORIA DEL MÁXIMO DIRIGENTE DE LA C. N. T. EN LOS AÑOS 1917-1923, REVIVIDA POR SU COMPAÑERA DE AQUELLOS AÑOS

El 10 de marzo de 1923 moría Salvador Seguí, el «Noi del Sucre». La vida de este dirigente anarquista barcelonés llenó un capítulo de una época de máxima conflictividad político-laboral, y ya es historia. La entrevista con su mujer, Teresa Muntaner, que publicamos a continuación, tiene —creemos— un estimable valor de testimonio y documento histórico en este cincuentenario de la muerte del «Noi del Sucre».

J. M. HUERTAS CLAVERIA

que te dejaré». Y él decía que no, que cómo iba a dejarlo yo. «Nunca en la vida me dejarás, tan buena chica como eres. No te atreverás a dejarme». Y yo: «Mira, que algún día pasará algo que no ha pasado nunca». Y él seguía con que no, que no se lo creía, hasta que me harté y decidí que me iría a Palamós. Yo había nacido en Palamós y Puig en L'Escala, o sea, que éra-

mos los dos de la misma comarca.

—¿Y Seguí?

—Nosotros vivíamos entonces en la calle del Hospital, en el número ochenta y dos, delante mismo del hospital de San Pablo, que estaba entonces allí, y Seguí venía a esta escalera con frecuencia porque allí tenía su Redacción un periódico semanal y me parece que él lo dirigía. Yo había ya tomado una deci-

sión de marchar con las niñas a Palamós al día siguiente, y fui a despedirme de él, puesto que era una persona a la que trataba con cierta frecuencia: «Ya no nos veremos más por ahora». «¿Qué dices? ¿Te has vuelto loca?». «No, no me he vuelto loca. Es que mañana mismo marchó». «¿Y a dónde vas?». «A Palamós. Ya te lo había dicho que algún día lo haría. A Puig, si no se lo he dicho cuarenta veces, no se lo he dicho ninguna. Pues bien, ya estoy decidida». El empezó a decirme también que no lo haría, y que si tal que si cual, hasta que debió ver que esta vez yo no lo decía por decir, sino que la cosa iba en serio. Entonces me dijo: «No te vayas». «¿Por qué no he de hacerlo?». «Piénsatelo todavía durante ocho días». «¿Por qué he de volver a pensármelo, si me lo he pensado ya cincuenta veces?». «Porque si dejas a Puig, yo te quiero conmigo». «¡Au!, estás de broma». Yo creí de verdad que aquello era una broma:



Teresa Muntaner, que en esta conversación recuerda a su compañero, con unos amigos.

yo, con dos criaturas, y él, un chico guapo, soltero, con todas las chicas que quería alrededor; incluso cuando estaba en la cárcel no paraban de llegarle cartas y cartas... «¿Qué diría tu madre?», le dije yo por decir algo. Y él siguió tan serio como antes: «La madre no tiene que hacer nada en asuntos del corazón». «¿Pero que no ves que tengo dos criaturas?». «Ni que tuvieras cuatro. Dame ocho días de plazo, mujer, hazme este favor. Te lo piensas durante este tiempo, pero no marches, Teresita, no marches». La gente me llamaba siempre Teresita...

—¿Y qué sucedió?

—Yo se lo consulté a un chico que habíamos tenido como dependiente en la barbería y que todavía vivía con nosotros, como si estuviera a pensión, los días que estaba en Barcelona. Se llamaba Agustí Castellà y era de San Vicenç de Castellet. Era mi confidente, y aquella noche, cuando llegó a casa, le expliqué que había decidido dejar a Puig y lo que me había pedido Seguí. «Debe haberlo dicho para reírse de mí», dije yo. «¿Eso es lo que te ha dicho Seguí?». «Sí, eso mismo». «Pues acepta, que no habrás de arrepentirte». Bueno, total que por fin dejé a Puig, de buena manera, sin discusiones, ¿eh?, y me puse a vivir con Seguí.

1917: LA HUELGA GENERAL; 1919: LA CANADIENSE

Presente en la conversación, mientras prepara la comida en la contigua cocina, está Teresa Seguí, la hija del «Noi del Sucre», que no llegó a conocer a su padre, asesinado hace justamente estos días cincuenta años, el 10 de marzo de 1923. Teresa Seguí naciera dos meses y tres días después de la muerte de su padre.

EL NOI DEL SUCRE

—Tuve también otro hijo de Seguí, Heleni, que murió a los diecisiete años. Iba al colegio y jugaba al fútbol y se cansaba como un burro. Cuando me di cuenta de que estaba enfermo, al ver que no tenía ganas de comer y que no se encontraba bien, el médico dijo que no había nada que hacer. Estaba «tocado» de los pulmones.

—Volvamos otra vez atrás. ¿Cuándo se pusieron ustedes a vivir juntos?

—Creo que era en mil novecientos diecisiete. Sí, el año de la huelga general. Vinieron a buscarlo a casa y yo lo ayudé a que pudiera saltar por una ventana. Se me llevaron entonces a mí, pero me dejaron ir en seguida. Seguí se refugió en casa de unos amigos en el Poble Sec, pero venía a comer a casa. Estuvo bastante tiempo oculto en casa de esos amigos. Ya pasamos cosas, ya... Fueron aquellos años de mucho trabajo dentro de la Confederación.

(Teresa Muntaner nombra siempre a Salvador Seguí por el apellido —dice que siempre lo llamaba de este modo—, e igual hace respecto a Puig y Castellà, los otros hombres de su vida. Igualmente, es interesante resaltar que a la Confederación Nacional de Trabajo no

la menciona en toda la entrevista por sus siglas, como suele hacer casi todo el mundo, sino como la Confederación, característica ésta que noté igualmente en otros exiliados con los que hablé).

—En mil novecientos diecinueve tuvo lugar la huelga de la Canadiense, y Seguí estaba en la prisión cuando comenzó. Me acuerdo como si fuese ahora de cuando lo vinieron a buscar; lo cogieron a él, y resultaba que en el otro cuarto estaba Castellà durmiendo. «¿Qué buscáis en este cuarto, si ya tenéis a Seguí? No os iréis a llevar a este chico, que no sabe nada de nada», y va y me dicen que más vale que se vista y les acompañe. Estaba tan fuera de mí, que los hubiera matado. Bajaban la escalera ya y yo le pregunté a Seguí: ¡Qué! ¿Volveréis a la hora de comer?». «Sí, empieza a prepararlo». Era de noche cuando pasó todo esto, y a la mañana ya me tiene en la Comisaría. Estaba llena de mujeres, porque habían detenido a muchos del Sindicato. Estuvo varios meses...

Albert Balcells, en su libro «El sindicalismo en Barcelona. 1917-1923» (Ed. Nova Terra, 1965), explica que en enero de 1919 fueron detenidos 25 jefes sindicalistas tras la suspensión de las garantías constitucionales en Cataluña debido a

la agitación catalanista, recrudescida en aquel momento en favor del Estatuto de Autonomía.

La memoria de Teresa Muntaner reitera o dispersa en ocasiones los recuerdos. De tanto en tanto, la hija añade un dato, refuta una afirmación, suaviza la gran admiración de su madre por Salvador Seguí.

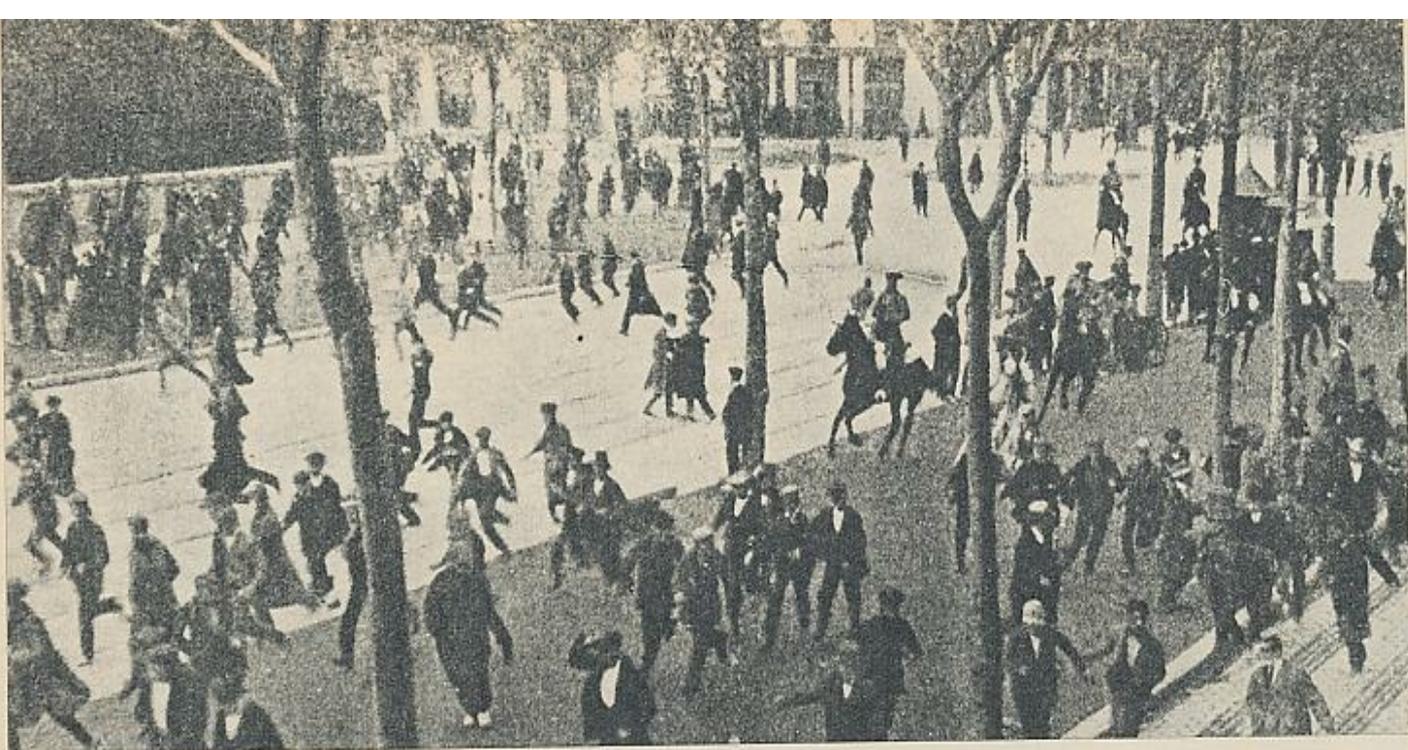
—Se había llegado a un principio de acuerdo entre la Patronal y los obreros en huelga —casi toda Barcelona estuvo parada cuando pasó lo de la Canadiense—, pero no había manera de que se volviese al trabajo.

—Se corría el riesgo de que la situación se endureciese más, ¿no? Se podían perder las mejoras conseguidas con la huelga por los obreros si persistía la línea dura, ¿verdad?

—Sí, eso es. Pero la Patronal, que era muy «cuca», se reunió y preguntó si había medio alguno de conseguir que se reanudara el trabajo. Alguien dijo que el único que podía lograrlo era Seguí, pero que éste se encontraba en la prisión. «Pues si está en la prisión, que salga», dijeron. Estaba ya organizado por aquellos días el mitin de la plaza de toros de las Arenas para el día de San José, en el cual se había de adoptar una postura, o continuar o volver al trabajo (Aun-



Dibujo alusivo a la celebración del mitin de la plaza de las Arenas, publicado en 1971 en «Oriflamma».



El día del entierro de Francesc Layret.

que Teresa Muntaner no lo explica, el motivo de la indecisión estribaba en que los obreros exigían que antes de volver al trabajo quedasen liberados todos los presos políticos y laborales de Montjuich que habían sido detenidos antes y durante la huelga). Aquel día de San José le llevaron a Seguí una gran fuente de crema (1), y ya sabía él que le habían concedido la libertad para que acudiera al mitin, pero al ver la crema dijo que primero quería repartirla con los compañeros, y que no iba de un momento. A la salida se encontró con compañeros más extremistas del Sindicato, y alguno llevaba la «Browning» en la mano. «¿Ya sabes para qué te sacan de la cárcel?». «Sí, para que mañana vaya todo el mundo a trabajar». «¡Ah! ¿Y tú estás conforme con esto?». «Sí, lo estoy». «¿Y cómo sabes que conseguirás que mañana vayan todos a trabajar?». «Estoy seguro, segurísimo». «¿Sí? Pues te mataremos». «Matadme ahora, que no llevo ningún arma encima. Mejor ocasión que ésta, difícilmente la tendréis». «Esperaremos a esta noche, pero si vas al mitin y das la orden de volver al trabajo, piensa que te mataremos». Estaba llena la plaza de las Arenas, con altas voces dentro y fuera. Cuando Seguí se levantó para hablar, hubo muchos gritos de: «Fuera, fuera», pero él se quedó derecho, sin moverse. Cuando se cansaron de chillar, Seguí intentó volver a hablar, y gritaron todavía más fuerte. A la tercera vez pudo hablar, y dijo: «Mañana volvamos al trabajo. Esta huelga dura ya demasiado, y las huelgas que duran más de ocho días son huelgas fracasadas. Los bur-

gueses nos han dado ya esto y lo otro; no nos han dado todo lo que pedíamos, pero otro día podemos volver a intentar otra huelga para obtener lo que ahora no hemos logrado. ¿Prometéis volver mañana al trabajo?». «¡Síiii!». La gente se quedó emocionada, parada... El jefe de la Policía, se acercó a Seguí y le dijo: «Nunca en la vida había visto una cosa igual, que un hombre pueda conducir a la masa de esta manera». Cuando salió del mitin no encontró a ninguno de los que habían querido matarle.

Esto y lo otro, en el lenguaje popular de Teresa Muntaner, fueron: aumento general y proporcional de los salarios, jornada de ocho horas (fue España el segundo país

del mundo en conseguirla), abono de la mitad de una mensualidad para paliar los cuarenta y cuatro días que había durado la huelga, y liberación de todos los presos que no estaban pendientes de juicio.

—¿Usted vivía de cerca todo esto?

—¡Qué va! Nunca me explicaba nada, me enteraba por los otros. Ni siquiera me contaba nada cuando atentaban contra él, como pasó un día en la calle de San Pablo. No me explicaba nada que pudiese hacerme sufrir. Tenía todas las cualidades: era generoso, muy noble, un pozo de bondad e inteligencia... Resumiendo, que todavía ha de nacer la madre que haya de parir un hijo

como Seguí. Era un hombre perfecto, tenía todas las cualidades.

La hija vuelve a intervenir, echando agua al vino: «Marp, no exageri...» (2).

—¿De qué trabajaba Seguí?

—De pintor, cuando encontraba trabajo. Porque los dueños en seguida lo echaban a la calle cuando veían que se dedicaba a abrir los ojos a los otros trabajadores. A última hora, acabaron por ponerse de acuerdo todos los pintores para no emplearlo. Trabajaba por su cuenta y vivía también de sus escritos para «Solidaridad Obrera».

LOS AMIGOS DE SEGUÍ

Es bastante conocida una foto que muestra a Lluís Companys, el que después sería presidente de la Generalitat de Catalunya; Francesc Layret, el abogado asesinado en 1920, y Seguí.

—¿Era muy amigo de Layret?

—Sí, la amistad arrancaba de cuando Layret salió como diputado por Sabadell. Además, Seguí era primo de Companys. Cuando mataron a Layret a la salida de su casa —matar a un hombre que no podía valerse por sí mismo, porque era inválido!—, Seguí y Companys estaban en el barco a punto de ser trasladados detenidos al castillo de La Mola, en Mahón.

—¿Estuvo mucho tiempo en La Mola Seguí?

—No recuerdo, algunos meses... Querían aplicarle la Ley de Fugas, y el gobernador de Barcelona pidió que lo trasladaran, pero el teniente coronel que mandaba en La Mola se negó a dar permiso para ello, porque vio qué iba a sucederle a Seguí. Era un hombre al que, có-

SEGUÍ, ESCRITOR

Aparte de los artículos de Seguí publicados en «Solidaridad obrera», de alguna que otra entrevista suya, de una novela corta titulada «Escuela de rebeldía», editada el mismo año de su muerte, y de una serie de testimonios de líderes sindicales y políticos recogidos por el periodista Gómez Hidalgo en «Cómo y de qué manera gané la primera peseta», el «Noi del Sucre» era autor de un manuscrito que llevaba siempre consigo. Su esposa cuenta que una vez de viaje en Madrid con el valenciano Rodrigo Soriano, éste compró un abrigo para su esposa que a Seguí le hizo gracia. Pensó en poder llevarle uno a la suya, pero carecía de dinero. Rodrigo Soriano hacía tiempo que codiciaba la posibilidad de que aquel manuscrito fuese suyo, por lo que se le ofreció a cambio de dinero para comprar otro abrigo igual. De ese manuscrito nunca más se supo nada.

Sobre Seguí se sabe de la existencia de dos libros: uno biográfico escrito por Manuel Cruells que ha de publicar la editorial Ariel, y otro de escritos suyos recopilados por Isidre Molas, que no pudo ver la luz en Edicions 62.

(1) Tradicional en Cataluña el día de San José.

(2) «Madre, no exageri...».

EL NOI DEL SUCRE

mo le diría, todos le cogían afecto y además le respetaban. En La Mola en seguida lo hicieron jefe de los treinta y cinco detenidos que habían sido llevados desde Barcelona. La gente lo quería...

—Pero lo mataron...

10 DE MARZO DE 1923

—Días antes de que lo asesinaran, había recibido Seguí una carta de Maciá, del que luego sería presidente de la Generalitat, diciéndole que tuviese cuidado, que querían matarlo. Quisieron ponerle dos policías que lo protegiesen —ya no estaba Martínez Anido de gobernador—, pero Seguí dijo que no los necesitaba: «Si me quieren matar, lo harán tanto si estoy solo como si estoy acompañado». Era un hombre valiente, y no quería humillaciones, como la de que dos policías lo acompañasen por todas partes. El día antes de su muerte era viernes, y por la noche había una función de teatro, en el Cómico, a beneficio de los presos políticos. Oulso que yo lo acompañara porque había de ir Casanovas, el jefe del Parlamento, también acompañado de su mujer. Yo no tenía ganas porque estaba embarazada de siete meses, pero insistió y fuimos con Heleni. Al regreso cogimos un coche —era tarde y vivíamos lejos, en la barriada de la Sagrada Familia—. Me fijé en que el chófer no paraba de mirar por el retrovisor: un coche nos estaba siguiendo. Llegamos a casa, y el coche detrás. Seguí despidió al chófer que nos había llevado y fuimos a entrar. El coche que nos seguía se detuvo delante de nuestra puerta. «Sube con nosotros», le dije. «Teresita, déjame estar y subid vosotros». «No, si tú no subes, nosotros tampoco». Le estirábamos y llorábamos, pero él insistía: «Déjame estar, hazme este favor, déjame estar». Al final hice lo que me pedía. El salió y se puso entre nosotros y el coche: «Si tenéis valor, disparad». No llevaba revólver ese día, iba desarmado... Supongo que al verme embarazada y con el pequeño Heleni al lado, debieron de pensar que ya lo encontrarían otro día solo, que aquello iba a ser una carnicería... El caso es que se marcharon. Entonces se dio cuenta de que con el nerviosismo no había pagado al chófer, y fue hasta la calle

de al lado. El coche que nos había llevado estaba allí parado: «¡Qué valor tiene usted! Nunca lo hubiese creído, porque iban a matarlo...». «¿Qué le debo?». «Nada, hombre, nada. ¡Lo que he sufrido!». Aquella noche no dormí pensando que lo iban a matar en cualquier momento, y así fue al día siguiente, el diez de marzo de mil novecientos veintitrés, en la calle de la Cadena. Aquel día no debió haber salido de casa, como hubieran hecho muchos, pero él tuvo que salir...

—¿Qué pasó aquel día?

—Como no habíamos dormido en casi toda la noche, se levantó tarde. Debían ser las doce del mediodía, y dijo que tenía que ir al nuevo piso de Companys, en Sants, que lo pintaba él por su cuenta, con trabajadores que había contratado. «Tengo que ir en seguida. Primero son los obreros que todo —me dijo—. Han de comer, y no lo harán si yo no les pago». Era sábado aquel día. Cuando ya estaba en la escalera volvió a subir para darme quinientas pesetas: «Llevo demasiado dinero en la cartera. No me esperes a comer, pero a cenar sí que vendré. Tengo mucho sueño». «¿Quieres decir que vendrás?». «¡Claro que sí, mujer!». ¡El pobre ya no vivió más!

—¿Cómo se enteró usted de su muerte?

—Oí al vecino de arriba que le contaba a la portera que había habido un atentado en la calle de la Cadena. Hablaba muy bajo y no pude entenderlo todo, pero el corazón me iba muy de prisa. No pasó mucho que subió un grupo de personas a verme, y antes de que dijese nada les pregunté: «¿Han matado a Seguí?». Me respondieron que no; pero yo insistía: «Sí, sí, que lo han matado. Vosotros me decís que no, pero yo sé que lo han matado». Entre los que vinieron estaban Vialdi (3) y Maurin (4). Querían convencerme de que estaba herido, pero se negaban a dejarme ir a donde se encontraba. ¡El pobre estaba ya bien muerto!

—¿Usted llegó a saber quién lo había matado?

—El atentado lo llevaron a cabo miembros del Sindicato Libre pa-

(3) Militante de la CNT exiliado actualmente en México.

(4) Dirigente del POUM exiliado actualmente en Nueva York.



P
POTENS

arte y técnica
de la
industria relojera
suiza

gados por la Patronal, que les decía: «Habéis de matar a éste y a aquél...».

—¿Investigó el crimen la Policía?

—¡Qué val! Si todo estaba arreglado por la Patronal... ¿qué había de hacer la Policía? Donde lo mataron es una encrucijada en que siempre había mujeres de la vida, y por lo tanto era frecuente que hubiese policías. Pues bien, en el momento en que dispararon contra Seguí y contra «Perones», uno del ramo del Vidrio que lo acompañaba, no había ni uno solo. ¡Pobre, ni mujeres ni Policía había, que ya estaba todo arreglado para que así fuese!

ENTIERRO OCULTO

—Lo enterraron a escondidas, ¿verdad?

—Cuando le dispararon, cayó en seguida, pero todavía tuvo fuerzas para sacar la «Browning», que aquel día sí la llevaba encima. Pero no duró casi nada. La mujer de Angel Pestaña, que vivía cerca de allí, al enterarse del asesinato, acudió con ropa para taparlo. «Perones» quedó herido en el vientre, lo llevaron primero a una tocinería cercana y después al hospital de San Pablo. Vivió veinticuatro horas, pero no sabía decir nada más que: «Han matado a Seguí, ¡pobre "Noi"!». A Seguí lo llevaron al Clínico, y la gente quería asaltar el hospital. En un momento de descuido, lo sacaron a escondidas y lo enterraron en seguida para que no hubiera manifestación. Entonces fue cuando al morir también «Perones», se exigió que no pasase lo mismo, y hubo un entierro memorable.

—¿Dónde está enterrado Seguí?

—En el cementerio civil de Montjuic. Para ver la tumba hay bastante con pedirlo a los vigilantes. ¡Cómo ha ido tanta gente a verla... Una vez en el cementerio, pasó algo que me he olvidado explicarle: el administrador era amigo de Seguí, y se negó a enterrarlo sin que lo viese la familia. No me dejaron ir a verlo, pero Castellà fue con Heleni para que éste viera a su padre por última vez. Mejor que no hubiese ido, porque se asustó al verlo tan desfigurado por las balas y se puso a correr cuesta abajo, allí en el cementerio, y no podían detenerlo.

Teresa Muntaner ha ido desgra-



Seguí entre Pestaña y Francisco Arín.

BREVE CRONOLOGIA SOBRE SALVADOR SEGUÍ Y SU EPOCA

1886: Nace en Lérida Salvador Seguí.

1888: Su familia, de origen campesino, se traslada a Barcelona. Es el año de la Exposición Universal. También es el año en que se fundan en la capital catalana la Unión General de Trabajadores (UGT) y el Partido Socialista Obrero Español (PSOE).

1900: Salvador Seguí trabaja como aprendiz de pintor, que será el oficio que ejercerá casi toda su vida.

En 1901 será fundado el partido de la burguesía catalana Lliga Regionalista, y seis años después, Solidaridad Obrera, organismo que agrupaba diversos sindicatos barceloneses.

1911: Tras un congreso obrero celebrado en el Palacio de Bellas Artes de Barcelona se funda la Confederación Nacional del Trabajo (CNT). Su plataforma fue siempre Cataluña. Ideológicamente se basó en el anarcosindicalismo: apoliticismo y acción sindical revolucionaria. Salvador Seguí perteneció desde los comienzos a la CNT, de la cual llegó a ser líder destacado.

1916: Pacto de alianza entre la CNT y la UGT. Las dos grandes sindicales acuerdan la huelga general de veinticuatro horas contra el encarecimiento de la vida. Entre los firmantes figura Salvador Seguí. Este colabora ya asiduamente en el periódico «Solidaridad Obrera», controlado por la CNT.

1917: Huelga general en agosto, decretada por la CNT y la UGT. La huelga afectó a todos los centros industriales de España.

Salvador Seguí es encarcelado, así como la mayor parte de los dirigentes de ambas sindicales.

1918: El Sindicato Único de Industria sustituye, a partir del congreso de la CNT regional de Cataluña en Santa, al de oficios: todos los trabajadores de una empresa estarán dentro del mismo sindicato, y no en diversos, según cual sea su oficio, como sucedía hasta ese momento. La CNT controla el 30 por ciento de la clase obrera en Barcelona (75.000 afiliados).

Salvador Seguí es uno de los más firmes defensores de esta renovación.

1919: Huelga de la Canadiense que dura

cuarenta y cuatro días, desde febrero a abril. Según «Els moviments socials a Catalunya, País Valencià i les Illes», de Termes, Balcells y Giralt, libro del que están tomados casi todos los datos sobre la época de Seguí, se trata seguramente del movimiento huelguístico más importante del siglo XX. Máxima popularidad de Seguí, cuya línea moderada pero realista se impone sobre los elementos más radicales de la CNT al conseguir el fin de la huelga en condiciones ventajosas para los obreros.

La CNT tiene, a fines de ese año, 714.028 afiliados, la mitad de ellos en Cataluña.

1920: Es creado, en ese año de máxima agitación social, el Sindicato Libre, anticentrista, con la ayuda de la Patronal y el consentimiento del gobernador de Barcelona. Hacen su aparición, al mismo tiempo, pistoleros al servicio de algunos patronos.

En noviembre, el gobernador disuelve la Confederación Regional del Trabajo (CNT de Cataluña) y hace ingresar en prisión a 64 dirigentes. Ese mismo mes es asesinado Francesc Layret, abogado republicano defensor de obreros. Es un gran amigo de Seguí y Companys, ambos detenidos y a punto de ser trasladados al castillo de La Mola, en Mahón.

1921: Es fundado el Partido Comunista Obrero de España por la minoría disidente del PSOE, que han abandonado este partido al negarse a adherirse a la III Internacional.

1922: Último pleno importante de la CNT antes de la dictadura de Primo de Rivera. Deciden retirar su adhesión provisional a la III Internacional, y es nombrado secretario general de la organización Salvador Seguí.

Atentado contra Angel Pestaña y destitución del gobernador de Barcelona, general Martínez Anido.

1923: Asesinato de Salvador Seguí y Francesc Comas, más conocido por «Perones». Se rumoreaba que al día siguiente de este crimen Seguí debía encontrarse con militares que preparaban ya el golpe de Estado y querían conocer la opinión de los sindicalistas.

nando toda la tragedia de aquellos días de marzo de 1923, recordándolos medio siglo después como Historia viva que todavía son. Historia viva, y como muchas otras veces, poco conocida.

—¿Qué hizo usted después de la muerte de Seguí?

—¿Qué podía hacer? Tenía tres hijos que cuidar y otro en camino. Así que como Castellà seguía viniendo a mi casa cuando estaba en Barcelona, o sea, que lo teníamos como un huésped, le dije: «Yo soy joven, y esto no puede continuar así. O te pones a vivir conmigo y seguimos educando a los hijos, o yo busco un hombre para casarme». Y nos pusimos a vivir juntos. Castellà murió en mil novecientos cuarenta y siete, aquí en Toulouse, de una operación tonta. Fue de la Confederación Nacional de Trabajo mucho tiempo, pero luego pasó a Esquerra Republicana. En mil novecientos treinta y nueve pasamos a Francia. Pero usted me pregunta qué hice yo cuando murió Seguí. Además de resolver las cosas con Castellà, conseguí un estanco para poder ir tirando adelante. Luego, con los años, vino la enfermedad del chico, y durante seis meses se fueron todos los dineros que había en casa, así que fui a ver al marqués de la Foronda, y conseguí que me diera veinte mil pesetas...

—Pero el marqués no debía compartir las ideas de Seguí...

—No, pero era igual. Lo apreciaba mucho, lo admiraba. Después de la muerte de Heleni, fuimos pasando como pudimos. Agustí llevaba un taxi y yo trabajaba en el estanco. Tuvimos dos: uno, primero, en Gracia, y el otro, en Poble Nou. Además, Agustí estaba empleado en el Ayuntamiento.

Hemos parado el magnetófono. La compañera de Salvador Seguí se encuentra bien de salud —algún resfriado que otro—, pero la conversación ha sido larga. El recuerdo de un hombre del cual ha dicho María Aurelia Capmany que «su desaparición fue una catástrofe para Cataluña y para el movimiento obrero», está presente en el comedor repleto de muebles, confortable y acogedor, con los juguetes del que hubiera sido bisnieto del «Noi».

Sobre Toulouse el frío de otro invierno lejos... ■ J. M. H. C.